

# RAMONA

*Rosario Villajos*



## TENER AGALLAS

Mi tía, que está mal de la cabeza y la mitad de los días le tengo que borrar los comentarios en Facebook porque son racistas o de mal gusto, me dice que tenga agallas. «¡Ten agallas, sobrina!». Todo porque no he sido capaz de decirle a una mujer que en el ascensor no se fuma. Pero es que no puedo, no me he enfrentado a nadie en la vida. Si lo hubiera hecho, les habría dicho a las niñas del barrio que llamaban al portero automático de mi casa para llamarme *chochoputa* que eran mongolas, que a ver si conseguían pasar de quinto de una vez. Al profesor que quería dibujarme en su casa cuando tenía catorce años, que era un guarro. Al que me puso los cuernos nada más acostarse conmigo, que tenía una polla muy pequeña y que por eso era imposible que me rompiera el himen. ¡Por eso no sangraba, gilipollas! Hay que ser ignorante para creer que una no es virgen porque no sangra.

Y así, iría una por una a cada persona que me ha amargado la vida, a decirles lo que pienso de ellas. Pero no lo hago y no sé si es porque no tengo agallas o por un profundo complejo de superioridad.

## CRITERIO BÁSICO

En el fondo tengo una ley moral muy particular. Algo así como el «criterio básico» de *Star Trek* que me prohíbe intervenir directamente en cualquier asunto con seres inferiores. No sé bien cómo explicar esto pero siempre me viene a la cabeza un recuerdo de sexto de EGB. En clase nos habían pedido inventarnos un cuento, a ser posible de tema caritativo y sobre todo navideño porque estábamos cerca de esas fechas. Siempre he sido muy vaga, no tenía muchas ganas de inventarme ninguna historia sobre la bondad del prójimo puesto que no la conocía fuera de *Qué bello es vivir* o *Mujercitas*, pero me gustaba leer y en ese sentido lo tenía fácil. En mi casa siempre hubo libros. De hecho, cuando iba a otros pisos del vecindario o al de algunas niñas del cole me llamaba la atención la ausencia de ellos y su sustitución por figuras de porcelana, discos de vinilo de Teresa Rabal o fotos de boda enmarcadas en las que la pareja salía cubierta de arroz o sonriendo con naturalidad ante la

cámara. Ninguna de las niñas del bloque leía si no era por obligación y durante una época hasta las monjas se sorprendían de que fuera siempre voluntaria para recitar poemas o conociera autores que no estaban en el programa educativo.

Si Garcilaso volviera,  
yo sería su escudero;  
que buen caballero era.

Por otro lado, mi hermano Raúl y yo siempre nos llevábamos algo de la biblioteca del colegio para leer durante el fin de semana por si en casa se nos agotaban los recursos. Mi hermano Raymundo, en cambio, ni aunque le pusieran una pistola en la cabeza. Que yo sepa, la última vez que leyó un libro fue el de *Los batautos hacen batautadas* y porque yo se lo pedí. Él habría hecho cualquier cosa por la hermanita que aún no sabía leer.

La profesora pidió voluntarias para enseñar lo que habíamos hecho. Me gustaba leer la primera, porque siempre podía haber textos mejores y así el mío no quedaría tan mal. Levanté la mano y leí orgullosa lo que traía de casa. «¡Ay, Ramona!, no te has molestado ni en cambiar los nombres —me reprochó la monja llevándose la mano a la frente—. ¿Alguien puede leer algo que no sea un resumen del *Cuento de Navidad* de Charles Dickens?».

## MORDEDORES LOBO

La dermatofagia es un trastorno obsesivo-compulsivo en el que una persona se muerde compulsivamente su propia piel. Los afectados suelen morderse los labios, el interior de la boca y la piel alrededor de las uñas.

En la literatura médica, a la gente que muerde su piel se les llama «mordedores lobo» porque eso es exactamente lo que hacen los lobos cuando están atrapados.

Llevábamos meses preparándonos para recibir a Dios y a mí esto me daba malas vibraciones, porque veía mucho estrés en casa con el tema del vestido y, aunque supongo que someternos a esta prueba era un buen entrenamiento para que en el futuro soportásemos eventos de este tipo, yo llevaba quemada desde el año anterior, cuando todo el mundo me decía que pronto haría la primera comunión. Una semana antes de la fecha, diecinueve niñas

salimos del colegio para dirigirnos a la parroquia, situada a apenas unos metros en la misma calle. En clase éramos treinta y nueve, pero las otras veinte habían hecho la comunión el domingo anterior, y ahora nos tocaba a la segunda mitad de Tercero B.

Sor Martina nos pidió que colocáramos las banquetas para sentarnos en una parte del transepto y nos asignó nuestros puestos; yo la última, por mi apellido. En cada una cabíamos tres niñas sentadas holgadamente. Ocupé una esquina de la banqueta al final del todo y de todo, porque en eso consiste el alfabeto.

Recitamos la palabra de Dios y nuestros rezos, paseamos en fila hacia el altar. Una vez allí, abrimos la boca para que la monja nos metiera un trozo de oblea y así supiéramos a qué sabía, no quería que fuera una sorpresa y alguna vomitara de la impresión como había ocurrido otros años. El domingo la oblea estaría además bañada en vino, pero yo no estaba preocupada en absoluto por eso, pues ya lo había probado mil veces con Casera. Eso fue todo, según la monja, ya estábamos listas para morder la carne y beber la sangre del Señor.



Todo comenzó ese domingo. La noche antes, mi madre me puso unos rulos porque al parecer mis rizos naturales no eran lo suficientemente bonitos. Yo creía que me los quitaría para irme a la cama, pero dormir bien no estaba entre los planes que tenía para mí. Tampoco habría podido descansar porque pusieron a mi abuela, la madre de mi padre, a dormir conmigo en mi cama de

noventa y se pasó la noche levantándose, acostándose y removiendo unas bolsas de plástico ruidosas que había en su equipaje. También habían venido mis tíos y mis primos del norte, y me imaginaba que al día siguiente iríamos todos a comer por ahí. Para eso la niña hacía la primera comunión.

El despertador sonó a las seis y media a pesar de que no había que estar en el cole hasta las nueve, había mucha gente en casa y era necesario que yo me duchara la primera. Al salir a la calle mi madre se molestó cuando vio que Alicia, una compañera de clase, llevaba un vestido hecho con la misma tela que la modista había usado para el mío. A mí en cambio me hizo mucha ilusión que fuéramos «iguales». Mi madre me cogió la cara y me dijo: «No te preocupes; tu vestido es más bonito y tiene más clase».

Cuando llegamos a la iglesia todo parecía ir bien a excepción de que faltaban banquetas. Las monjas no contaron con que habíamos hecho el ensayo vestidas de uniforme y no con los ahuecados y pomposos vestidos que llevábamos ese domingo. Tuvieron que improvisar juntándolas todas en el último momento para que las niñas nos pudiéramos apretujar de tal manera que solo quedase una fuera, ya sabemos quién. Miré a la monja y le dije: «Hermana, no hay sitio para mí». «Bueno, pero con ese vestido tan ancho, no se notará que no tienes banqueta —respondió—. Dobla un poco las rodillas para que tu cabeza quede a la misma altura que las de tus compañeras, sin destacar, y ya está». «Pero hermana...», insistí. «¿Es que no quieres recibir a Dios?», sentenció la monja subiendo el tono mientras se iba y me dejaba

con la angustia de que en cuanto el cura dijera que nos podíamos sentar, yo tendría que hacer como cuando meaba en el bar de Pepe.

El espectáculo comenzó y al principio no estaba tan mal porque había que quedarse de pie casi todo el rato, pero cuando llegaron las lecturas de los padres —por supuesto de padres del resto de las niñas porque mi madre no sabía leer con fluidez y mi padre no oía bien y además se la sudaba—, mis piernas empezaron a temblar y sentí que me daba el bajón. Cuando el cura dijo por enésima vez «nos ponemos de pie», yo aproveché para sentarme de verdad en la esquina de la banqueta, pero una monja, una que no sabía nada de si había o no asiento para todas, me hizo un gesto de reproche para que me levantara.

Entre el cansancio, la frustración, el ninguneo que estaba padeciendo por apellidarme Ucelay en lugar de Pérez y que, joder, era mi puta primera comunión, me entregué a mi desdicha y por algún motivo comencé a levantar la piel de mis pulgares con la ayuda de las uñas del dedo índice. Cuando ya se veía el pellejito saliendo, fui a saco con los dientes, dándolo todo, me mordí también los carrillos internos de la boca y sentí la sangre, la verdadera sangre de alguien que sufre en ese momento inmerecidamente. Qué mejor forma de conectar con Nuestro Señor Jesucristo. De repente noté como la niña a mi lado se apartaba unos milímetros de mí, se habría ido más lejos pero era imposible con tan poco espacio. Ni siquiera recuerdo su nombre, la miré a los ojos y vi que los suyos se posaban con cierto asco sobre mis manos. Cuando me di cuenta de lo que

había hecho, supe reaccionar, aparté las manos de mi cuerpo y sobre todo del vestido para que mi madre no me matara. La niña que estaba a mi lado, preocupada por la situación, me miró señalándose la boca para que yo hiciera el reflejo de tocarme la mía. No lo hice para que no cayera sangre en el vestido, pero al instante noté mi cara pegajosa y me imaginé que debía de estar manchada como cuando me comía los Calipos de fresa. Así, con los brazos hacia el frente y las rodillas flexionadas, fue como se inventó el pilates.

Llegó la hora de darnos la paz. Todo el mundo corría de un lado a otro para besarse o darse la mano. Vi cómo mi padre salía de la iglesia; desde siempre había dicho que esta parte de la misa le parecía de *subnormales* y que no la soportaba. A mí no me dio un beso nadie más que mi madre, salvadora del mundo, que había visto cómo iba y se me acercó con un pañuelo en el que escupió sutilmente para limpiarme con su saliva primero la boca y después las manos. «Pero, ¿qué pasa?, ¿qué estás haciendo?», me preguntó poniéndose una mano en la frente con drama. «Es que no tengo dónde sentarme», dije, como si eso justificara la sangre. No dio tiempo a más, estaba a punto de comenzar la lectura previa a la comunión. Sabía que después de eso la misa acabaría pronto. Salí del paso como pude y nada más terminar, mi madre me acompañó a lavarme las manos. El vestido seguía impoluto. Me colocó bien el lazo que tenía a la espalda y me dijo sonriendo: «Estás guapísima, que es lo más importante». A tomar por culo la religión, lo importante es que me desarrollara adecuadamente y llegara algún día a medir uno ochenta para poder ser modelo,

que para mi madre parecía ser lo más a lo que podía aspirar una niña de barrio obrero. (No sé de dónde viene lo de «obrero» porque había mucha gente en él que no trabajaba). Pero entonces me salieron estas caderas, el culo carpeta, la celulitis, y aquel accidente en bicicleta que me partió la napia y me dejó la cara hecha un cristo. Además no alcancé ni el metro setenta de estatura.

En la calle nos estaba esperando mi familia paterna. La materna no había venido porque no teníamos espacio para todos y la de mi padre tenía estos privilegios porque sí. Saludé a mis tíos, a mis primos y cuando fui a darle un beso a mi abuela, esta se apartó diciendo: «No me encuentro bien». Entonces mi padre le ordenó a mi madre que se fuera a casa con ella. Yo ya me había hecho a la idea de que no estaríamos todos. Comencé a caminar para irme con el resto, mi padre se paró en seco y me dijo: «Tú también te vas a casa». «¿Por qué?», pregunté extrañada, y él respondió con otra pregunta: «¿No ves que estás ridícula y vas llamando la atención con ese vestido tan cursi?».

Estaba tan cansada que ni rechisté. De vuelta a casa lloré un poco en silencio; no quería entristecer más a mi madre después de que le hubiera pedido diez mil pesetas a mi otra abuela para un vestido de la primera comunión que ella nunca tuvo. Cuando llegamos me puse el pijama de verano que me había regalado mi tío Pablo, que no había venido, y me fui así mismo a jugar con los gitanillos del barrio, feliz de que ellos, por no ir, no iban ni a misa.

Por la tarde me senté en el portal de Alicia a esperar a que el día terminara cuanto antes. La vi salir del coche

de su padre (en mi casa nunca condujo nadie), radiante con su vestido de comunión y comiéndose un helado de vainilla. Una gota amarillenta cayó sobre el traje blanco. Su madre lo vio y no pasó nada.

Un mes más tarde, las monjas nos llevaron al salón de actos para ver el vídeo de la comunión. Si te gustabas en él te daban presupuesto para venderles una copia a los padres. Nosotros no teníamos reproductor VHS en casa pero tuve que asistir de todas formas. Durante unos segundos mi cara y mis manos aparecieron en el viejo televisor del colegio. Una monja se giró hacia mí y dijo: «Hubo gente que se portó muy mal». Yo no dije nada, tan solo me mordí el labio hasta notar el fluido familiar y caliente que calmó mi ansiedad mientras permanecí allí atrapada.